

¿Quiénes somos?

Jorge I. Domínguez

Profesor. Universidad de Harvard.

¿Quiénes somos? La pregunta que formula Samuel Huntington en el título de su más reciente libro es de interés universal.¹ Se escucha en cualquier país al instante de su independencia, en particular en nuestros tiempos, en aquellos que sucedieron a la antigua Unión Soviética y a Yugoslavia. Es pertinente de igual manera en países como Cuba que, por poderosas razones, hayan visto conmovida su razón de ser mediante la relación entre nación y revolución durante el último medio siglo. Y es la pregunta clave en un país como los Estados Unidos, cuyas bases demográficas se ven poderosamente transformadas por la inmigración. El libro de Huntington intenta contestar esa pregunta para el caso de los Estados Unidos.

Desde 1990, aproximadamente un millón de personas por año emigran legalmente a los Estados Unidos de todas partes del planeta, y un número menor lo hace sin los documentos que lo autoricen. La acumulación migratoria de estos años, contando exclusivamente la inmigración legal, ya excedió con creces el total de la población de Cuba. Los Estados Unidos viven, por tanto, una notable y veloz transformación demográfica. No en balde Huntington, y muchos otros se preguntan: ¿quiénes somos?

Podría formar parte de esa respuesta el teniente general Ricardo Sánchez, quien, entre 2003 y 2004, fue comandante supremo de las fuerzas norteamericanas en Iraq, donde a veces se comunicaba en español con algunos de sus soldados. Podría serlo igualmente Jennifer López, artista puertorriqueña de amplia fama por sus películas de Hollywood, y cantante trilingüe (inglés, español y spanglish). También incluiría a mi nieta Ana, nacida la semana pasada en Chicago, hija de mi hija menor y de mi yerno, médico dominicano que ejerce en esa ciudad, aunque por el momento para Ana la única forma de expresarse es la bulla universal de un bebé sin consonantes ni vocales. Pero para Huntington, Sánchez, López y mi nieta son parte del «desafío» que plantea la inmigración latinoamericana —desafío que puede resolverse satisfactoriamente o no, según la actitud que cada uno adopte frente a la cultura predominante en los Estados Unidos.

¿Quiénes fuimos?, Huntington insiste, es una necesaria pregunta previa para reflexionar sobre el presente y el futuro del ser colectivo de los Estados Unidos. En sus comienzos, los Estados Unidos fueron una abstracción. La «nación» de Thomas Jefferson era

probablemente el estado de Virginia. Durante la guerra civil, Lincoln manifiesta su elocuencia defendiendo la «Unión», todavía no la «nación». El nacionalismo estadounidense —esa englobadora afirmación de «americanos»— se desarrolla más bien después de concluida la Guerra civil, y se nutre de la reconstrucción nacional y la expansión económica del último tercio del siglo XIX, la guerra contra España en 1898 y las dos grandes guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX. Ese americanismo circunscrito a los Estados Unidos logra su clímax a mediados del siglo XX, cuando el presidente John Kennedy, en su discurso inaugural, insta a todos los ciudadanos a preguntar no lo que los Estados Unidos puede hacer por ellos, sino lo que ellos pueden hacer por los Estados Unidos.

Esta interpretación subraya que las guerras fraguan los sentimientos fundacionales de la nación. No hay mejor promotor del nacionalismo que un aguerrido enemigo. Frente al ataque contra las torres gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington el 11 de septiembre de 2001, mis vecinos enarbolaban múltiples banderitas orgullosas de las cincuenta estrellas de los estados de la Unión y desafiantes contra cualquier enemigo nacional, internacional o transnacional.

La respuesta de Huntington no excluye esta, pero la suya es otra. Su argumento fundamental es que la identidad patriótica de los Estados Unidos nace de la cultura anglo-protestante que engendra, nutre y define el credo americano. La cultura y el credo caracterizan a esta nación angloparlante, cristiana, comprometida con la práctica religiosa, respetuosa del Estado de derecho, defensora de los derechos individuales, exigente de la responsabilidad de los gobernantes hacia los gobernados, que encarna valores del protestantismo radical tales como el individualismo, la ética del trabajo y la convicción que todos los seres humanos poseen la capacidad y la obligación de construir el cielo sobre la tierra.

La historia nacional de los Estados Unidos fue exitosa, según Huntington, porque vinculó siempre el credo americano con la cultura anglo-protestante. Pero el credo, de por sí, es insuficiente. La nación no depende exclusivamente de una convicción intelectual, no es un mero acto mental. Ese credo incorpóreo, por importante que indiscutiblemente sea, se debilita, diluye, corrompe y desmorona sin su encarnación cultural. Los Estados Unidos no constituyen un país de inmigrantes, según él, que fervorosamente recitan el credo, sino uno que recibe inmigrantes que, con independencia de sus orígenes nacionales o teológicos, se convierten en anglo-protestantes. La asimilación total es la llave mágica que abre las puertas de esta interpretación histórica. Aprenden y deben aprender inglés los inmigrantes. Es más, insiste Huntington, deben «soñar en inglés» (p. 256)

sobre sus esperanzas, deseos y aspiraciones. Aprenden a ser protestantes, sí, aun los católicos, que insertan un individualismo en sus creencias y sus cultos que a veces enfurecen a Roma. Esa Iglesia católica en los Estados Unidos se americaniza en la manera de ser y pensar de sus miembros. Como buenos «protestantes», estos católicos estadounidenses participan activamente en su iglesia, asistiendo a misa con más frecuencia en los Estados Unidos que en otros países —supuestamente, aunque de hecho solo de manera nominal— más católicos, como España o Italia.

Huntington celebra, aplaude y alaba a estos inmigrantes que se asimilan a la cultura anglo-protestante, y a la nación que los recibe e incorpora. Subraya que la evolución del nacionalismo estadounidense puede ser, y de hecho cada vez más es y debe ser, anglo-protestante, pero sin anglos ni protestantes. La cultura es la clave. Los grupos étnicos desaparecen en el nuevo y renovado crisol nacional. Fueron armenios, húngaros, alemanes y polacos; pero ya hablan inglés. El racismo también pasa gradualmente a la historia. La intensa religiosidad caracteriza a ese pueblo —una religiosidad participativa, individualizada, antijerárquica, que puede llamarse católica o judía— es heredera de los valores protestantes, aunque sin necesidad de protestantes. Los valores culturales son más importantes que las gentes. Las gentes han sido muy variadas en el proceso de inmigración, pero la cultura anglo-protestante, abarcadora y receptora, ha sido una sola.

Frente a ese ideal de asimilación lingüística y cultural, aparece la inmigración latinoamericana, particularmente la mexicana. Huntington teme que no aprendan inglés porque son tantos que crean comunidades en las cuales pueden vivir y trabajar sin incentivos ni necesidad de aprender inglés. Proviene de países de un catolicismo tradicional, de baja intensidad en la práctica religiosa, de sistemas políticos y teológicos jerárquicos y autoritarios. Priorizan la vida familiar frente al individualismo.

Si bien para Huntington la posibilidad de una reconquista demográfica mexicana del suroeste de los Estados Unidos es más bien una hipótesis, él ya encuentra en ese país un lugar con todas las características que deplora, una ciudad donde ni quienes la gobiernan quieren hablar inglés: Miami. Critica duramente a Miami, por diversas razones: desde la prevalencia del crimen hasta la violación de las leyes federales de los Estados Unidos en el caso de Elián González. La llama una «república bananera» donde se viola el Estado de derecho. Fustiga al difunto Jorge Más Canosa por su asalto a la libertad de prensa debido a un intento de intimidación al periódico *Miami Herald*

—ejemplo fidedigno del antiamericanismo de esa autoritaria subcultura inmigrante (pp. 250-251).

No son los inmigrantes latinoamericanos los únicos desafíos que enfrenta el nacionalismo estadounidense. Huntington critica con igual energía a una élite cosmopolita, tanto en el mundo político como académico o empresarial, que rechaza los valores de la nación y se distancia cada vez más, antidemocráticamente, de un pueblo que sigue siendo patriota y cree en los elementos fundacionales de la cultura anglo-protestante y el credo americano. Se pelea Huntington con brío con los multiculturalistas. Ataca con virulencia e ironía la política de preferencias étnicas y raciales impulsada por la izquierda estadounidense de los últimos treinta años, cuyas ideas quedan plasmadas en las leyes que gobiernan empleos y contratos porque, según Huntington, violan las premisas fundamentales de la igualdad, el individualismo y los méritos por esfuerzo propio, claves del credo americano.

Los argumentos de Huntington irrumpen en la vida pública de los Estados Unidos, sin embargo, no por su erudición histórica, su crítica intelectual, la lucidez de su prosa o sus novedosas hipótesis religiosas. A partir de la publicación de una versión del capítulo sobre la inmigración mexicana, en la revista *Foreign Policy*, en la primavera de 2004, se le acusa de xenofobia antinmigrante y en particular antilatinamericana. Hay, sin embargo, diversos tipos de críticas posibles sin caer en un ataque *ad hominem*.

Una crítica es que Huntington distorsiona la historia de los Estados Unidos, privilegiando sus raíces anglo-protestantes sin tomar en cuenta otros elementos que forjaron esa nacionalidad, precisamente esa polifacética y plurinacional inmigración. Lafayette, Einstein, Nabokov, Baryshnikov, Fermi, y muchos otros que no fueron ni anglos ni protestantes, son también artífices de la nación. Se olvida, además, de elementos de esa historia anglo-protestante hostiles a cualquier versión contemporánea del credo americano, como la esclavitud o la hostigación de quienes no eran anglo-protestantes.

Otra crítica es que Huntington subestima procesos que no requieren una interpretación culturalista del «nacionalismo americano» tales como el ya mencionado ciclo de guerras desde la Guerra civil hasta la Segunda guerra mundial, que fraguaron la nacionalidad y sirvieron para incorporar inmigrantes del alfa y omega mundial. Otra objeción es que fustiga innecesariamente al multiculturalismo, que promete una sociedad más deseable y abierta a un arco iris de posibilidades y perspectivas. Los valores que le atraen de la evolución de la historia de los Estados Unidos, tales como la eliminación del racismo o la vocación individualista y

liberal, pueden florecer también en una visión multicultural.

La crítica más fácil —no carente de importancia sin embargo—, es que Huntington, simplemente, se equivoca en el uso de la información empírica porque no ha leído bien su propio libro. El argumento de Huntington exige distinguir a la inmigración mexicana de las anteriores. Para que sea válido ese argumento, tiene que demostrar la indisposición e incapacidad de asimilación de la nueva oleada migratoria. Solamente uno de los diversos argumentos de Huntington es cierto. Se trata, en efecto, de un gran volumen de mexicanos, de manera desproporcionada concentrado geográficamente en la región de los Estados Unidos próxima a la frontera con México, zona que fue mexicana hasta 1848. La cercanía geográfica y el gran avance del transporte internacional y las comunicaciones permiten que parientes y amigos retengan una relación transnacional en los Estados Unidos y México, reduciendo así la probabilidad de que estos inmigrantes mexicanos se enraícen lo suficiente en la cultura estadounidense.

Pero el mismo Huntington informa que el retorno de una fracción de inmigrantes a sus países de origen no es una innovación latinoamericana. Era ya parte de la historia migratoria de los Estados Unidos, donde 32% de los inmigrantes que arribaron entre 1908 y 1910 —años pico de esa ola migratoria— regresaron a sus países de origen en Europa, proporción similar o superior a la contemporánea (pp. 186, 192). Es cierto que el nivel de educación de muchos inmigrantes mexicanos es inferior al de los Estados Unidos, pero es igualmente cierto que muchos inmigrantes del sur y del este de Europa de fines de siglo XIX eran analfabetos (p. 187), condición ya no común en los Estados Unidos de aquel entonces.

Más importante aún: los padres de niños mexicanos quieren abrumadoramente que sus hijos aprendan inglés (p. 170). Y, además, aprenden inglés muy rápido. Ya en la segunda generación, más de 90% de los nacidos de padres mexicanos hablan perfectamente el inglés. Entre todos los de origen mexicano nacidos en los Estados Unidos y miembros de la segunda generación, la tercera parte ya son incapaces de expresarse en español. Demuestran así los mexicanos tanto la disposición como la capacidad de asimilación que Huntington considera indispensable. Coinciden también los latinos con algunos criterios claves para Huntington: las dos terceras partes de los de origen mexicano, cubano, o puertorriqueño consideran que ya hay demasiados inmigrantes en los Estados Unidos (p. 331). Es importante, según Huntington, que los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos hayan tenido que esforzarse para

lograrlo —por ejemplo, una larga y difícil travesía marítima. En otra parte del libro, él reconoce que los riesgos vitales en los que incurren los indocumentados mexicanos demuestran su gran deseo de entrar a los Estados Unidos (p. 190), exactamente como ocurría un siglo antes con las travesías transoceánicas. La intensidad de la religiosidad de los mexicanos también resulta ser muy similar a la intensidad de la religiosidad en los Estados Unidos, y en ambos casos alrededor del doble de la intensidad de la religiosidad en Gran Bretaña. Los mexicanos parecen ser más anglo-protestantes en la intensidad de su religiosidad que los descendientes de los anglo-protestantes británicos (p. 91).

Samuel Huntington es uno de los politólogos más importantes de los Estados Unidos de los últimos cuarenta años. Maestro, amigo y colega por muchos años, presidió la comisión de mi tesis doctoral. Sus obras sobre las relaciones entre las fuerzas armadas y el Estado, el orden público en los países en desarrollo y la ola democratizadora en el ámbito mundial de los años 70 y los 80, entre otras, son clásicos académicos cuyo notable y merecido valor persisten a través del tiempo. Fue presidente de la Asociación de ciencias políticas de los Estados Unidos. Es también una influyente figura pública, más allá de los círculos académicos. Su obra más reciente sobre un supuesto choque de civilizaciones tuvo un valor más polémico y amplió el círculo de sus lectores. *Who Are We?* será muy discutido. Podrá quizás incidir en el actual debate en los Estados Unidos sobre política migratoria.

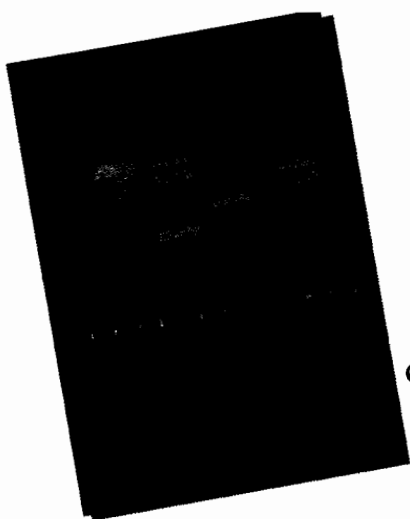
Este libro le recuerda a cualquier lector la gran capacidad de Huntington de plantear excelentes preguntas y proceder con erudición y claridad a contestarlas. Pero aportará poco a su fama de académico. Un libro mejor habría hurgado más y mejor en la historia del anglo-protestantismo estadounidense, se habría replanteado hipótesis no culturalistas e intentado pensar con mayor apertura mental y de espíritu sobre un futuro más abierto. Sería un mejor y más generoso libro si reconociese los muy diversos valores humanos que han ayudado a forjar, construir, fortalecer y diversificar esa «nación americana», en pro de ese credo americano enarbolado por la Declaración de Independencia —igualdad gracias a la acción de un Creador, que otorga derechos inalienables tales como la libertad y la búsqueda de la felicidad, en un país de ciudadanos gobernados solamente por su consentimiento y mediante leyes consideradas justas.

Notas

1. Samuel P. Huntington, *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, Nueva York, 2004, 428 pp.

© TEMAS, 2005.

Novedades



10 AÑOS DE TEMAS ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

En su décimo aniversario, la revista *Temas* ofrece a investigadores, estudiosos, estudiantes y a todos los interesados en el pensamiento y la cultura, el índice de sus primeros 40 números, que cubren los diez años de su existencia. Su utilidad es evidente, pues concentra la información sobre los 415 ensayos y 30 paneles de discusión publicados hasta ahora, lo que facilita a los interesados la búsqueda del material deseado.

Disponible para todos los suscriptores, institucionales e individuales